

## CAPITULO XXXV.

## Arcanos de la Providencia.



Los dos meses de la desaparicion del peregrino con la niña que Mauricio y Teresina creían hija de don Alfonso, se vió Marieta acometida de una grave enfermedad.

Los aldeanos vieron en esto un castigo del cielo por haber engañado á don Alfonso.

El pobre anciano creía que aquella era su hija; cuando iba á verla la colmaba de caricias, y para consolar á los padres de la niña robada, les ofreció asegurar su porvenir.

Pero Marieta, á quien llamaba Esperanza entónces, cayó enferma, y la aficcion de Mauricio y Teresina infundió serias sospechas á don Alfonso.

La niña murió, y sus padres, que unían al pesar de haber perdido á su hija el remordimiento de haber engañado á don Alfonso, le revelaron la verdad.

Entónces supo el pobre anciano el engaño de que habia sido víctima, y sin cuidarse de castigar á los culpables, su único deseo fué encontrar á la niña.

Ofreció grandes sumas á quien pudiera indicarle el paradero de Américo Vespucio, y la pobre mujer que al escaparse del meson le habia dado un asilo en su casa, fué á ver á don Alfonso, le contó lo que sabia, y hasta el mismo duque de Médicis, viendo cuán grande era su aficcion, no pudo mé-

nos de revelarle que Américo Vespucio habia sido enviado á España para desempeñar una mision importante.

Con estas noticias se puso don Alfonso en camino, resuelto á buscar al seductor de su esposa para arrebatarse aquella niña, cuya felicidad queria labrar, pero léjos de él, léjos del hombre criminal que la habia engendrado.

Tomando lenguas en las ciudades de España que habia recorrido, supo que Américo habia sido condenado por las calumnias que habia propalado en contra de Colon, y se dirigió precipitadamente á Valladolid, con el objeto de ver si habia sido preso y de averiguar dónde estaba su hija.

Llegaba precisamente cuando vió á Isabel bajarse de la ventana del molino, y no pudo ménos de asombrarse al descubrir en su mano el anillo, que era un indicio grande, poderoso, para realizar sus designios.

Pero al mismo tiempo que hallaba un indicio, por su propia mano habia condenado acaso al silencio eterno á aquella persona que podia satisfacer su ansiedad.

La ansiedad de don Alfonso era grande.

A fuerza de oro pudo comprar el silencio de aquel mozo de mulas que le habia acompañado, y no satisfecho aún con aquello, envió á Valladolid á buscar á un médico con el mayor sigilo para que asistiese al enfermo.

Por de pronto le arrebató el anillo que llevaba, porque aquella prenda no debia estar más que en su poder.

Reanudando sus ideas, recordó que Isabel habia sido algun tiempo camarista de su esposa.

Cuando averiguó las relaciones criminales que existían entre Esperanza y Américo Vespucio, no la interrogó.

Su servidora podia muy bien haberse apoderado de aquella joya, ó haberla recibido en premio de algun servicio importante.

Necesitaba que Isabel viviera para interrogarla, porque no teniendo duda de que si habia estado Américo en Valladolid, como suponía, habria visto á Isabel, á ella podria interrogarle dónde se habia refugiado.

Quince dias traspasaron, en los que la pobre mujer luchó con la muerte.

Al cabo de este tiempo entró en convalecencia, y don Alfonso se ocultó de su vista para no infundirle temor y evitar una recaída.

Oculto en casa del tejedor, aguardaba por momentos el completo restablecimiento de Isabel para interrogarla.

Llegó por fin el dia deseado.

Isabel preguntó á las personas que la asistian cómo se hallaba allí.

No recordaba más que el lazo que le habia tendido Alonso Velez; así es que sus palabras despertaron graves sospechas en el tejedor, porque se habia enterado del suceso que habia ocurrido en el molino, del que más tarde dará cuenta á mis lectores.

Temeroso entónces el dueño de la casa, en donde habia sido acogida Isabel, de que la justicia pudiera informarse de la proteccion que le habia dispensado, le interrogó para saber si tenia alguna parte en el crimen que se habia cometido.

Isabel contestó con sinceridad á todas las preguntas que le dirigieron.

—Pero ¿cómo estoy yo aquí? dijo á su vez la pobre convaleciente.

El tejedor le refirió lo que habia pasado.

— Cuando os arrojasteis de la ventana para poner os salvo, llegaba á Valladolid un caballero, el cual al ver os huir de aquel modo, sospechó que erais un ladron, y os disparó el pistoletazo que ha sido causa de vuestra herida; pero al re-

conoceros tuvo una inmensa pena, y os trajo á esta casa, en donde ha costado todos los gastos de vuestra curacion, y en donde ha procurado ocultaros de todo el mundo para que no pudieran atribuir os parte en el asesinato cometido en el molino.

—¿Y quién es ese caballero? preguntó Isabel.

—Un antiguo conocido vuestro, que desea que vivais para poder os resarcir del daño que involuntariamente os ha causado.

—¿Está en Valladolid?

—No por cierto; habita en esta casa.

—¡Ah! Pues rogadle que venga á verme.

El tejedor avisó á don Alfonso, y éste se presentó á Isabel. La pobre mujer no tardó en reconocerle.

Instintivamente fijó los ojos en su mano buscando el anillo. No lo encontró, y la idea de haberle perdido y de estar á su lado don Alfonso, le hizo comprender quién le habia sustraído de sus manos.

—¿Me reconocéis? preguntó el esposo de Esperanza.

—Sí, os reconozco, dijo Isabel, bajando los ojos.

—¿Podeis explicarme por qué razon huiais la noche en que tuve la desgracia de heriros?

—Es una triste historia.

—Creo tener derecho á saberla.

—Y yo deseo confiárosela.

—Pues hablad.

Isabel refirió á don Alfonso los motivos que le habian impulsado á disfrazarse de aquel modo para ir al molino y vengarse de Alonso Velez.

—Desgraciadamente, dijo don Alfonso, os herí; pero acaso esto os ha salvado de una muerte afrentosa, porque si os hubieran sorprendido huyendo de aquel modo, hubieran creído

que erais el asesino de la pobre molinera y hubierais perecido en el cadalso.

—No hablemos de eso, dijo Isabel. Yo bendigo la mano que ha disparado contra mí el arma, porque quizás á ella debo los medios de poder realizar mi venganza, aunque más tarde de lo que pensaba.

—A mi vez necesito haceros una pregunta.

—Os debo tanto, que estoy dispuesta á obedeceros.

—Al hallaros herida encontré en vuestras manos un anillo, que os he quitado, porque es una prenda que en los días más felices de mi vida ofrecí á la que fué mi esposa. ¿Cómo se hallaba en vuestro poder esa joya?

—Me exigís que falte á una palabra que he empeñado.

—Si el sentimiento de la gratitud no os mueve á hablar, que os impulse al ménos mi ansiedad, el dolor del esposo que ha llorado las faltas y la muerte de la que fué compañera de su vida.

—Pues bien, sí, os diré todo lo que sé. Ese anillo me lo ha entregado Américo Vespucio.

—¿Cuándo?

—Unos días ántes de la noche en que me hallasteis.

—¿Luego estuvo en Valladolid?

—Sí, estuvo; ya sabeis que pudo robaros á su hija; pero despues de haberla sustraído del poder de las personas bajo cuya custodia la habiais dejado, supo vuestra voluntad respecto á la niña, y conociendo que habia arrebatado á su hija una fortuna, y dispuesto á resarcirla, vino á España llamado por un alto personaje para apoyar las acusaciones dirigidas contra Cristóbal Colon.

Desmentidas estas acusaciones hace poco, fueron condenados todos las que las habian sustentado, y Américo Vespucio, viéndose proximo á ser separado de su hija, se resolvió á par-

tir. Yo, que he llegado hace poco de las Indias en busca del infame que ha acibarado los días de mi existencia, pude hallarle en los momentos en que se escapaba, le acompañé, me confirió sus cuitas, y me entregó el anillo que me habeis arrebatado.

—¿Con qué objeto?

—Sé que sois bueno y generoso; sé que al descubrir los secretos de Américo voy á labrar de nuevo la felicidad de su hija: por eso os voy á hacer una revelacion. Me dió ese anillo para que yo pudiera sacar á esa hija del poder de la persona á quien la habia confiado.

La alegría brilló en los ojos de don Alfonso.

—No basta lo que me decís. Es necesario que yo sepa dónde está esa niña, quién la cuida, y yo os prometo entónces llevármela á mi lado, y devolverle el bien que su desventurado padre le ha arrebatado al robármela.

Isabel dió á don Alfonso las señas de Aldonza, y el anciano, en pago de aquel beneficio que le dispensaba, ofreció amparar á Isabel y no abandonarla hasta que estuviese completamente restablecida.

La convalecencia adelantó con rapidez.

Isabel se puso completamente buena, y don Alfonso la llevó á una aldea próxima á Valladolid, pagando su hospedaje para que viviera allí algunos meses, y entregándola una cantidad á fin de que no tuviera necesidad de buscar recursos en algun tiempo.

Inmediatamente despues fué á casa de Aldonza, y presentándole el anillo:

—Vengo á buscar á la niña de parte de su padre, que está en Portugal.

Aldonza vió el anillo, y aunque sintió separarse de aquella niña, no tuvo más remedio que entregársela.

Don Alfonso se dirigió á Florencia, y tomando un aya para Esperanza, empezó á cumplir la palabra que habia dado á Isabel.

Todos sus cuidados los reconcentró en la niña.

Aún no hacia un mes que estaba Isabel en la aldea, cuando un arriero anunció que habia sido preso el asesino de la molinera en los alrededores de Valladolid.

—¿Sabeis quién es? preguntó Isabel.

—He oído decir que es un hidalgo.

—¿Recordais su nombre?

—Vaya si lo recuerdo; Alonso Velez de Guzman.

Isabel se inmutó.

Dos días despues abandonó la aldea y se encaminó á Valladolid.

## CAPITULO XXXVI.

### El fantasma.



ómo habia descubierto la justicia al verdadero criminal?

Para contestar á esta pregunta, necesito llevar á mis lectores, en el dia que siguió al asesinato de la molinera, á la misma casa en donde habia ocurrido la catástrofe.

Nadie oyó el tiro que habia disparado don Alfonso; pero por la mañana muy temprano las labradoras que salieron al campo vieron abierta una de las ventanas del molino, y en ella una cuerda, que sin duda habia servido á un criminal para entrar en su habitacion ó salir de ella.

El primero que llegó se detuvo á contemplar la cuerda, manifestó sus dudas á los que llegaron despues, unos y otros comentaron aquel indicio, y resolvieron volver á Valladolid á dar parte á la Santa Hermandad de aquel descubrimiento.

Inmediatamente se dirigió la justicia al molino.

Examinando bien el terreno, vieron las herraduras de una mula desde la puerta de la casa hasta la ciudad.

Las mismas huellas encontraron en el camino que conducia desde el molino á Torrelobaton.

Al pié de la ventana descubrieron muy marcada la forma de la suela de dos borceguíes, y en direccion hácia el punto en donde cayó herida Isabel casi las mismas huellas, aunque imperceptibles.